

# El Fusil

Siglo II.—Año XI.—Disparo 523.

SEMANARIO RADICAL

ÓRGANO OFICIAL DEL SENTIDO COMUN

OFICINA:  
Calle de los Caños, núm. 4, 1.ª planta.

PRECIOS:

Episodios (un año)..... Tres pes.  
Episodios (dos años)..... Dos »

Número suelta corriente..... 5 cént.  
» extraordinario..... 10 »  
» atrasado..... 25 »

Para los paqueteros: á 3 céntimos.  
Extraordinario: á 6 céntimos  
(desde 5 ejemplares en adelante.)

PAGO ADELANTADO  
En libranza del Giro ó de la Prensa, sobre moneda  
ó letra de fácil cobro.  
NO SE ADMITEN RELAJOS

Todo la correspondencia al administrador

D. José Arrufat

Madrid 12 de Septiembre de 1908.

YO TIRO SIN COMPASIÓN.—YO NO ADMITO SUBVENCIÓN—NI ME CASO NI ME VENDO.—DE RETÓRICAS NO ENTIENDO—Y AL LADRÓN LLAMO LADRÓN

## ¡SE ACABÓ EL ALMANAQUE!

Estaba escrito. Tenía que suceder y, naturalmente, ha sucedido. El *Almanaque* de El Fusil para 1908 se ha agotado, y no podrán obtenerlo ni gratis ni *mediantibus illis* los que no han comprado rábanos cuando pasaban.

Lo único que no se agota nunca es nuestra esplendidez, y, gracias á ésta, regalaremos á los que ahora se suscriban á El Fusil por un año (pago adelantado) CUATRO CUADERNOS diferentes de la

**BIBLIOTECA MACANUDA**

## RATONERA (1)

SIGUE EL DESFILE

El que quedó de imaginaria para figurar en el desfile de esta semana, ha escrito ofreciendo formalmente pagar todo lo que debe, por cuyo motivo, y esperando que cumplirá como bueno la promesa, se suspende la ejecución de la sentencia.

Oy no ay rata, por lo tanto.

Servicio de imaginaria para el próximo desfile: un socio de una importante población gallega que responde á las iniciales J. I. P.

## Solución de una crisis según la revolución desde arriba.

Pues señor; sucedió que al ministro de Hacienda, tras del estropicio de los duros, le dió lo que le tenía que dar: un desate de vientre que acabó con sus pocas energías para seguir ca...njeando los duros, y vista la imposibilidad de seguir desempeñando su cargo sin detrimento completo de su salud, presentó la dimisión.

Tan pronto como Maura tuvo conocimiento de ello, se dijo: —¿Y qué me hago yo sin Bustillo? Y tomó el tren y se plantó en Madrid sin avisar á nadie, dispuesto á resolver la crisis que se le venía encima, según el sistema por él descubierto seguramente durante el descanso de este verano, y deduciéndolo de los principios en que quiera que funde su sistema de la revolución desde arriba.

Y como la revolución desde arriba se hace provocando á los de abajo á fuerza de agotarles la paciencia, pues se decidió á extremar su empeño para que Bustillo (que sólo puso mano en lo de la moneda, y más parece que puso una pata trasera) continuara desempeñando la cartera de Hacienda.

Bustillo, que después de todo reconoce que no le sobran ni mucho menos facultades

(1) Véase *Exposición permanente*, en 4.ª plana.

## Francia y España en Marruecos.



Si hemos de hacer este oficio para tener importancia, sería mucho mejor vivir con modestia en casa.

para regir un Ministerio de tanta responsabilidad como el de Hacienda, insistió en marcharse alegando que no le permitía el estado de salud ocuparse de los asuntos anejos al cargo, y esto á Maura le ha parecido de perlas, como más conducente á gastar la paciencia del país, y le dijo: —¿Que no puede usted trabajar? Pues no trabaje. ¿Que se quiere usted marchar fuera? Pues márchese. ¿Que los asuntos del Ministerio quedan abandonados? Pues que queden; con todo transi...jo menos con que usted se marche.

Y, en efecto, así sucedió. El Sr. Sánchez Bustillo queda de ministro de Hacienda única y exclusivamente para los efectos de cobrar la nómina, mas no para los efectos de desempeñar el cargo.

Trata el Sr. Maura de justificar su proceder diciendo que los ministros son hombres

sujetos como los demás á padecer enfermedades, y que por ello no es cosa que un ministro dimita su cargo en cuanto cae enfermo.

Esto es evidentemente cierto, pero también lo es que el Sr. Maura ha torcido la naturaleza del hecho.

Cuando un ministro contrae una enfermedad más ó menos larga, pero transitoria, es lógico que conserve el cargo y lo siga desempeñando tan luego como se reponga; pero cuando la naturaleza débil de un hombre, su mucha edad, su salud quebrantada de una manera permanente y la experiencia de los hechos demuestran conjuntamente que ese hombre no tiene vigor suficiente de ninguna clase para desempeñar un cargo, no se le exige que lo desempeñe, y tanto menos se le exige, cuanto más importante, difícil y

trabajoso es el cargo, y ninguno más importante que el de ministro de Hacienda.

Esto es lo que dice el sentido común, y obrar de otra manera es hacer la revolución desde arriba, es decir, exasperar á los ciudadanos, supeditando los intereses nacionales á su conveniencia política.

Y no otra cosa es lo que ha hecho con la solución que ha dado á la crisis, porque el interés nacional exige que no estén abandonados los asuntos de Hacienda, ni desempeñados así como de segunda mano y á modo de sobrecarga por un hombre como San Pedro, también de edad, calmoso de por sí en grado superlativo, y que tiene otro ministerio á su cargo, que ha de desempeñar con la preferencia que es natural, aunque su calma y su escasa pericia en cuestiones de enseñanza no le consientan gran lucimiento.

Y otros intereses que exijan la solución dada á la crisis no hay más que los personajes de S. S., que ha formado un plan político para predominar en su partido sin que nadie le haga sombra y pueda hacer vacilar su jefatura.

Y esto aparte de que es una exigencia incompatible con la rectitud, el obligar á un anciano, que ni tiene necesidad de ello ni le agrada, á desempeñar un papel tan poco airoso como desempeña todo el que cobra sueldo por un cargo que sólo ocupa nominalmente, cuando existen hombres aun dentro del partido conservador que sustituirían al actual ministro de Hacienda con la ventaja de una mayor aptitud para el trabajo y una competencia cuando menos igual á la del Sr. Bustillo.



**BUSTILLO "FOR EVER,"**

¡Vaya un disgusto tremendo que estos días se ha llevado don Antonio el presidente!  
 ¡Por poco se pone malo!  
 Y hay que confesar, señores, que para un disgusto magno había causa de sobras...  
 Al enterarse del caso, interrumpió el veraneo, cogió la maleta, y rápido en expresos y automóviles vino á Madrid á arreglarlo.  
 —¿Y qué fué, me dirá alguno.  
 ¡La subasta de los barcos?...  
 ¡Los asuntos de Marruecos?...  
 ¡Del terrorismo los cabos?...  
 ¡Grave tormenta política?...  
 —No; se halla Maura muy alto para que estas pequeñeces logren distraerle un rato.  
 ¡No coge el águila moscas ni Maura tira á gazapos!  
 Lo ocurrido fué que el hombre hoy día más necesario en el ministerio, quiso hacer dimisión del cargo.  
 Este ministro no es Primo, ni es el ministro de Estado, ni Ferrándiz, ni Besada, ni San Pedro, ni... San Pablo. Cualquiera de éstos ó todos tendrían muy fácil cambio y Maura los cambiaría en menos que canta un gallo, y serían los entrantes como los que ahora *gosamos*, tan *sozos* y *esabortos* (excepto Juanito Franco), ya que no va diferencia de un ministro á... lo del pavo.  
 Pero el ministro que quiso hacer dimisión del cargo ¡era Gedeón Bustillo!  
 ¿Os explicáis el espanto que á don Antonio produjo este anuncio inesperado?  
 ¡Dónde iba á encontrar un hombre tan Gedeón y tan manso que pasara por lo de Osama, como Bustillo, sin sacos, cual el lechero del cuentot  
 ¡No abundan estos hallazgos!  
 Y si Maura tuvo suerte y uno halló que ni pintado, no era cosa de dejarle que se fuera de sus manos.  
 Por eso á Madrid corriendo vino dispuesto á intentarlo todo, con tal que Bustillo no abandonara su cargo.  
 La labor ha sido ruda, mas parece que ha logrado á la postre convencerle y por ahora no hay cambio, en Hacienda, de ministro ¡seguirá bustilleando achacoso, enfermo ó muerto el lechero sevillano!

**CONSTITUCIÓN DE FUSILANDIA**

TRATADO COMPLETO DE REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA

SEGUNDA EDICION

He aquí el *Índice* de esta obra monumental que será la admiración de las generaciones futuras:

- I. De la nacionalidad.—II. De la forma de gobierno.—III. De las Cortes.—IV. De los ministros.—V. De la Administración.—VI. De las contribuciones.—VII. Del Ejército.—VIII. De la Administración de justicia.—IX. De las Clases pasivas.—X. De la enseñanza.—XI. De la Iglesia.—XII. De la diplomacia.—XIII. De las Aduanas.—XIV. De la libertad de comercio.—XV. De la observancia de la presente Constitución.

Precio: 1,50 pesetas.—Para los suscriptores:

¡¡ Una peseta!!

**¡Venid, forasteros!**

Todas las ciudades están ahora desproprietándose por atraer forasteros.

Todas las ciudades y todas las villas y todos los villorrios de España.

En todas partes se dice á los forasteros:

—Venid, queridos, que aquí celebramos feria. Venid que habrá toros. Venid que habrá fuegos artificiales. Venid que habrá timba libre en el Casino.

Porque eso sí, en todas las fiestas y en todas las ferias y feriecillas del reino ponen timba los jugadores y se les cae la baba á las autoridades.

¡Qué gusto! Va un labrador á la feria, vende una carretada de trigo de la cosecha, un trigo hermoso, flamante, lustrósimo.

Le dan el dinero, y el hombre en cuanto lo pesca se va al Casino á tomar un refresco y á divertirse un rato.

—¡Gracias á Dios que he hecho mi negocio!—exclama lleno de satisfacción frontándose las manos.

A poco observa que se le arrima un quidam, un gancho de los que hay por esos sitios:

—¡Hola, amigo!—le dice el gancho. ¿Con que ya ha acabado usted la feria?

—Sí, señor.

—¿Y qué tal?

—Regularcilla. No estoy descontento.

—Hombre, pues á propósito: ¿Por qué no se sube usted al piso de arriba á divertirse un rato? Allí hay mucha gente viéndolas venir.

El labrador no tiene nada que hacer entonces, y al cabo se engatusa.

—¡Qué demonio!—dice—por ver no se pierda nada.

Y sube á ver, y allí le entra la tentación en el cuerpo. —¿Por qué no te animas y apuestas una pesetilla? Ya ves, eso no te hará más pobre. Y, además, á Futuro ya ves qué bien le va; cuánto dinero gana.

El labrador se aventura y saca la pesetilla. Y luego se calienta y pone cinco durillos. Y se calienta más y pone la carretada de trigo entera y verdadera. Y la pierde; se la deja allí y, ¡vaya un negocio que ha hecho!

Casos de estos conozco yo á montones. Un veterinario se marchó á la feria á comprar un cerdo para la matanza del invierno, y se volvió sin el cerdo y sin un real.

Un perillán de pariente lejano mío, en sus verdes años, hizo otra calaverada semejante. Tenía un tío cura y se presentó á él diciéndole:

—¡Tío! ¿Me deja usted el caballo para ir á la feria?

—Sí, hombre, llévatelo. Pero cuidámelo bien.

Y se llevó el caballo y se metió en un casino de esos y se jugó lo que llevaba y por último hasta se jugó el caballo...

Y así hasta lo infinito. ¡Ya tienen perendengues las tales ferias!

La Cierva no les ha prohibido más que las capess, pero aunque metiera en la cárcel y emplumara á todos los jugadores y los echara de España, maldito lo que se perdía...

Sigo con mi cuento. Decía, pues, que todas las ciudades halagan á los forasteros para que vayan á verlas. Algunas organizan tre-

nes botijos, y cuando llegan á las estaciones salen las autoridades á recibirlos con músicas y banderas como si llegase el señor Obispo, y en su honor tiran cohetes y pronuncian discursos que vienen á decir en sustancia:

—¿Cuántos forasteros llegan en este tren? ¡Mil! Pues suponiendo que uno con otro se dejen cincuenta duros en la ciudad, he aquí que se nos entran cincuenta mil duros. ¡Bienvenido seas, querido millón de reales!

Pues en cambio Madrid no hace absolutamente nada por los forasteros.

Ya lo dice en *El Imparcial* el querido Alcántara García.

—Todos los años—escribe—llegan á Madrid por las fiestas de San Isidro sesenta mil forasteros y llegan sin que nadie los llame ni los convide. Se entran por las puertas cargados con sus alforjas, y aunque la mayor parte de ellos vienen de gorra á casa de los parientes, sin embargo, poco ó mucho, aquí se dejan su dinero.

Y el Ayuntamiento les trata con tal grosería, que ni siquiera se ha cuidado de adornarles la Pradera donde van á ver al Santo.

Y luego propone Alcántara que hagan esto y esto para hermosear la Pradera.

¡Los fósforos harán!

Madrid es esquivo, mal educado, indiferente con los desdichados Isidros.

Lejos de llamarlos parece que los rechaza, y si vienen, en vez de bajar á la estación á recibirlos con músicas como bajan los de Alicante, los abandona á que sean víctimas de timadores y rateros, se hurta de ellos con el infamante mote de *Isidros*, hace que sea de mal gusto y de mal tono venir á Madrid por entonces, y procura que los periódicos y los malandrines les tomen el pelo.

Y así le reluce el suyo á Madrid con las coces que les sueita á los forasteros.

**EL BLOQUE Y EL CONDE**

Ha hablado el conde.

A punto fijo yo no sé dónde estaba el conde. Lo había perdido de vista este verano.

¡Cualquiera ata cabos con el conde!

Otros años el conde, por estas fechas suele estar hacia Sigüenza de cacerías por los rastros de aquellas inmedjaciones.

Por supuesto, que ya los habrá recorrido á su sabor el conde. Aun cuando hasta 1.º de Septiembre no se levanta la veda, el conde, que tiene bula para las leyes de caza como para las otras, apenas asoma la jeta Agosto y siegan las cebadas y los trigos, comienza á escopetear codornices que es un primor.

Un día por Sauça, otro por Barbatona, otro por Alcuera, otro por Alcolea del Pinar, empiezan á sonar tiros y más tiros.

¡Purrum, pum, pum!

¡Pum, pum! ¡Pim, pam, pum!

—¿Qué es eso?—preguntan los tíos de aquellos pueblos.

—¿Qué ha de ser?—responde el más enterado—que el conde está divirtiéndose abrasando vivas á las codornices.

—¡Pero si aún no ha acabado la veda! ¡Si aún no están levantadas las cosechas!

—¡No importa! Por debajo de la pierna mala se pasa el conde las leyes. Como que con esa pierna tiene el conde derecho de pernada sobre las codornices de la provincia. Él las estrena.

—Y sobre los habitantes también, por de contado.

—Y habrá que ir al año que viene por esas vegas buscando ajos. Porque es una bendición los que va sembrando ahora el conde entre escopetazo y escopetazo.

Cuando se va el conde es señal de que no quedan codornices en seis leguas á la redonda.

Entonces toma el portante el conde y los chicos cantan á coro:

¿A do va el conde?

¿A dónde

se esconde?

De correrías

de cacerías,

todos los días.

Amo ató

matarile rile rile

échale un galgo

que yo no valgo

matarile rile rile ro.

Pues el conde va donde quiere.

A divertirse tan ricamente donde le da la gana.

¡Cuántos de la clase media envidiarán al conde!

Porque salen de Madrid unos días por el verano. Se largan á cualquier parte donde hace viento fresco. Y da gusto respirar aquellos aires, vivir en esos climas durante las inclemencias del estío. Muchísimo gusto.

Más cuando está uno á media miel de esas delicias, cuando más le retoza el contento en el cuerpo, he aquí que las obligaciones, la licencia que le dieron para descansar ó el dinero que se acaba, le fuerzan á dejar aquello relamiéndose los labios y á volverse á Madrid.

¡Oh, suerte perra! ¡Quién fuera rico para no sentir esas prisas y disfrutar el invierno en Andalucía y el verano en el Norte! ¡Quién tuviera dinero!

¡Oh, el conde lo tiene á montones! Se dice de él que tiene tanto que hasta hace préstamos de cinco millones de pesetas.

Calculen ustedes qué casta de personaje será el que le tome cinco millones prestados al conde.

Y que tendrá con qué responder, porque de seguro que al rey Abd-el-Aziz no le presta el conde ni un ochavo.

Pues como iba diciendo, el conde se va á San Sebastián, y si allí se cansa se va á Santander, á Bilbao, á Galicia, á Francia, á Suiza, á Alemania, á todas partes que le pida el cuerpo.

Porque pesca el automóvil ó el tren de lujo (todo se lo dan gratis), se mete en los primeros hoteles, se come las grandes tajadas, ora de congrio, ora de merluza, ora de sardinas, ora de perdicés, de huevos, de butifarra ó de morcilla, si le dan morcilla en esos sitios, y nunca se le acaba la mecha del bolsillo, ni se vuelve hasta que está harto, ni deja el cigarro hasta que no se ha apurado la colilla.

¡Oh, conde dichoso! Con eso y con que no te duela jamás la tripa, eres el más feliz de los mortales!

Pues como iba diciendo, el conde, harto de las codornices de Sigüenza, estaba en San Sebastián dándose la gran vida, cuando se le ocurrió hablar de política en un periódico.

Y dijo el conde que debían juntarse los liberales en un bloque con los radicales y los republicanos.

¡Juntarse en un bloque? ¿Y para qué quieres tú eso, conde?

El conde lo ha dicho. Lo quiere para que le den el poder.

Eso está muy puesto en razón. ¡Oh, con-



